

## CLAUSURA DEL ACTO ACADÉMICO

ÁNGEL AROCA LARA  
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA

La seductora fragancia de los versos del racionero-poeta, a la que ya hemos aludido en el inicio de esta jornada gongorina delante de su cenotafio, se ha dejado sentir especialmente durante el presente mes de mayo en en palacio que ahora nos acoge, gracias a la voz y los versos de seis académicos de la Real de Córdoba: Pablo García Baena, Mario López, Carlos Clementson –que hoy ha vuelto con nosotros para hacer la lectura poética de este año, junto a Antonio Romero que nos ha hecho vibrar con su guitarra– Juana Castro, Luis Jiménez Martos y Vicente Núñez, que ya en ocaso de este mes, cordobés y festivo como pocos, habrá de clausurar en el Patio de Recibo un espléndido ciclo de plácidos crepúsculos de música y poesía con los que CajaSur ha deleitado a Córdoba.

–Quede aquí la constancia de nuestra felicitación a quienes han hecho posible tal evento–.

Todos estos poetas cordobeses han bebido –unos más, otros menos– en el pozo sin fondo del ingenio de Góngora, y el eco de sus voces, enredado en geranios, naranjos, centaureas, limoneros, ha traído el perfume de los versos de don Luis hasta los patios de las casas de don Gome Fernández de Córdoba y Figueroa, primer Marqués de Villaseca, en cuya portada manierista uno de los tenantes sostiene, precisamente, las armas de los Argote.

“En un sentido amplio –nos dice Ricardo Molina– toda Córdoba podría ser juzgada y calificada *lugar gongorino*” y, desde luego, no duda en conceder dicha categoría a esta mansión, hoy conocida como Palacio de Viana por su vinculación de años atrás a los marqueses de este título.

¿Franqueó don Luis de Góngora los umbrales de esta casa principal de su tiempo?; seguramente sí. No obstante, si por extraño azar, no fuera ésta lugar gongorino, no me cabe la menor duda de que ha sido gongorizada ya, tanto por el aludido ciclo “Viana, patios de poesía”, como porque aquí, en este mismo Salón de Tobías, presentamos no hace demasiado tiempo una bellísima edición facsímil del *Manuscrito Chacón* editado por la Real Academia Española y la Caja de

Ahorros de Ronda en 1991.

La Real Academia de Córdoba, en su peregrinar gongorino de esta hermosa mañana de mayo, ha honrado ya a don Luis en la Mezquita-Catedral, ante su tumba y a pocos metros de donde estuvo la pila de su bautismo, y le ha encomendado, una vez más, su alma al Altísimo. Hemos atravesado el Arco de las Palmas; y ya conocen ustedes el descargo del poeta en lo tocante a las acusaciones de murmurar en él: "que a las conversaciones y juntas del Arco de las Bendiciones, donde yo me he hallado, asisten personas graves y virtuosas y se tratan negocios tan otros de los que se hace cargo, que no respondo por ellos para no agraviallos". Hemos tonificado el ánimo en lo que fuera la Casa de Expósitos del deán don Juan de Córdoba, donde se acogía a los niños abandonados en el Postigo de la Leche; lugar éste en el que, según una leyenda sin fundamento, se confabuló don Luis con su primo, el calavera don Pedro de Angulo, para raptar a doña Ana de Aragón. Sólo los gritos de la dueña, que atronaron aquel jueves santo cordobés, impidieron la consumación de tal felonía.

Elevábase el sol ya sobre Córdoba, cuando hemos paseado la calle Tomás Conde, donde tuvo sus casas el racionero don Francisco de Góngora; allí nació don Luis, según parece. Pasamos también por la plaza empedrada de las Bulas, donde, al son del adufe, cantara Andrehuela, corrieran Marica, Juana y Magdalena, mientras Barbolilla, la hija de la panadera, llevaba al poeta, aún los ojos limpios, a hacer cochinas detrás de la puerta.

Calle de Judíos, Puerta de Almodóvar y Sánchez de Feria, el de la *Palestra*... Y luego, en la plaza de la Trinidad, donde está la última morada del bate y éste se alza en bronce sobre el pedestal, Julio Sánchez Luque —el plectro nonoro— recitó los versos de aquel racionero eximio de Córdoba. La gente pasaba a misa de doce, sin echarnos cuentas.

Y, por fin, el Palacio de Viana, especialmente gongorizado hoy, porque estamos aquí recordando al poeta, pero, sin duda, gongorino también —ya lo hemos dicho—.

No es explicable el natural barroco de los cordobeses, que en don Luis alcanza cotas de excepción, sin el sensualismo de los patios de Córdoba. Aquí lo barroco surge como expresión anárquica e incontenida del espíritu, que necesita desbordarse porque no puede controlar el cúmulo de sensaciones que lo importunan en su vivir diario en esta tierra, generosa y pródiga como pocas. Y nada aquí es tan halagador a los sentidos como los patios, estos cerrados paraísos cordobeses que, sin duda, han tenido mucho que ver en la reciente calificación de Patrimonio de la Humanidad que ha otorgado la Unesco a parte del casco histórico de Córdoba, porque nos brindan una calidad de vida —mítica ya en otras latitudes— que sólo podremos seguir disfrutando en la medida en que seamos capaces de conservar estos incomparables patios de Córdoba, de los que Viana es relicario y museo sin parangón.

Se ha dicho de Góngora que para él la Naturaleza fue una ficción más, que fue un poeta mundano, lo que hoy llamaríamos un hombre de asfalto, un urbanita, que gustó de la vida en sociedad, porque necesitaba del rumor callejero, del estímulo del suceso, de la incitación de la tertulia y el cotilleo, del aliciente del halago. Pero ¿acaso podría sustraerse al rumor escanciado del Patio de la Madama, a la humbría

deleitosa del de la Capilla, al trino del ruiseñor en el del Pozo o al dolor del azahar en el de los Naranjos? Seguramente, no. No se puede vivir en los patios de Córdoba sin que nos dejen huella.

Y aquí surge el clavel, que hace gozoso al heno tras desprenderse del seno de la Aurora o las violetas que esparce Primavera. Allí, el jazmín tejido en el cabello desatado o el boj rebelde, al que doblega el torno, o aquellos blancos lirios que engalanan las frentes nacaradas o aquel espacio breve en que, a pesar del sol, cuaja la nieve de colores con que las florecillas recamaron la hierba, la flor de la maravilla, la rosa aljofarada de la aurora o aquella otra, ya mustia, en que la muerte ha violado el color.

¡No!, rotundamente no. No puede pasarse impúnemente estos patios de Viana; ya lo probó don Luis.

3. Presentación del libro "Historia de Córdoba"